

Reseñas de libros



Navíos de Caronte.
Poesía.
De Carlos Fajardo
Fajardo.
Común Presencia
Editores. Bogotá, 2009.

Conozco a Carlos Fajardo Fajardo desde comienzos de los noventa. Su pasión por el verbo lo ha llevado siempre a una disciplina de carácter total. De ahí sólo podría surgir una obra rigurosa con capacidad de develar el mundo y anclarse en la memoria de la cultura. Muchos reconocimientos y premios atestiguan esa búsqueda y esa inmersión ética en nuestros torvos tiempos, para resurgir con la palabra exacta, la única capaz de abrir el futuro desde los resquicios de lo onírico y el horizonte de lo humano, porque, como diría Jorge Gaitán Durán, lo estético y lo ético tienen una ligazón indisoluble.

Navíos de Caronte, libro bellamente editado por la *Colección Los Conjurados* de *Común Presencia*, iluminado con navíos surgidos del pincel de Edgar Insuasty, es un poemario con cuatro puertas que uno no sabe si se abren o están cerradas para los viajeros: “Navíos”, “Díasporas”, “Puertos”, “Exilios”. ¿De qué

habla el poeta? De los emigrantes-inmigrantes, de la extranjería y sus extravíos. Uno de sus poemas dice: “Soy extranjero/ sin nombre/ sin ley/ sin luna. /Soy extranjero/ sin lengua/ sin palabras. /Soy extranjero/ sin madre/ sin patria/ sin un árbol que recuerde”. Quedarse sin lengua, sin memoria, en una tierra extraña, es quedarse sin patria. ¿Cómo portar la patria cuando la propia lengua es otra, cuando se vive en las sombras, cuando se es representación del mal? El poemario es contundente: se inicia el viaje con expectativa, se arriba a puertos que proscriben la entrada, se llega al exilio, a la soledad y a la autonegación.

Es una tragedia universal. Inmensas masas humanas se desplazan de sur a norte. En este poemario, los emigrantes, los desplazados, son fantasmas que sueñan, que deambulan, que sienten dolor y nostalgia, que rememoran el cuerpo de la amada o el calor del fogón de la casa de la madre, que dibujan el árbol o sienten las medusas en los ojos como certificado de su propia muerte. No hay desbordes lingüísticos ni quejidos sentimentales. Contención, precisión y una herida abierta de la primera a la última página.

Gustavo Adolfo Quesada Vanegas